

Sola Scriptura

UME, 2017

Sola Scriptura, ‘solo por la Escritura’, uno de los cinco célebres lemas (las llamadas cinco *solas*) de los reformadores, marcó un hito en la historia de Europa, y cambió el mundo para siempre.

En su origen, *sola Scriptura* significó que ninguna autoridad, clerical o papal, poseía una autoridad espiritual superior a la Biblia, que todo lo necesario para la vida cristiana y la salvación se encontraba en la Biblia, y que todo creyente tenía el derecho de leer e interpretar la Biblia por sí solo. El principio fue liberador. Frente a la ‘cautividad babilónica de la iglesia’, Martín Lutero declaró que su conciencia era ‘esclava de la Palabra de Dios’. En efecto, *Sola Scriptura* liberó la conciencia del creyente para leer y entender la Biblia, y su traducción a las lenguas vernáculas dio cumplimiento al sueño de William Tyndale de que cualquier mozo de labranza pudiera conocer la Palabra de Dios.

Al mismo tiempo, *sola Scriptura* planteó un problema serio, que será objeto de nuestra reflexión. Alister McGrath, en su estudio *Christianity’s Dangerous Idea*, (SPCK 2007) lo ha definido así:

Ya que cada protestante tiene el derecho de interpretar la Biblia, una muy amplia gama de interpretaciones resulta inevitable. Y, ya que no existe una autoridad central dentro del protestantismo, esta proliferación no puede ser controlada. ¿Quién tiene el derecho, por tanto, de decidir lo que es ortodoxo o lo que es herético? Para muchos de los primeros protestantes esta era una idea peligrosa que abría las compuertas a un torrente de distorsión, mal entendido y confusión (p. 209).

En otras palabras, ¿cómo se puede garantizar que el mozo de labranza sea capaz de interpretar correctamente la Escritura que tiene en sus manos? Dentro del protestantismo el problema no se ha resuelto nunca, ni se resolverá, y tal vez sea mejor que sea así.

Ad fontes

La Reforma protestante no se produjo en un vacío histórico, y conviene recordar la vorágine cultural y religiosa en la que se gestó. Recuérdese que Erasmo de Rotterdam publicó su Nuevo Testamento en el griego original en 1516, es decir un año *antes* de que Lutero clavara sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg. El cardenal Cisneros (1436-1517) ya tenía preparada su Biblia Políglota cuando salió la versión de Erasmo, y se habían fundado varias cátedras trilingües (en griego, hebreo y latín) en las grandes universidades europeas: en Alcalá (1499), Wittenberg (1502), luego en Oxford (1517), Louvain (1517) y el Collège de France en París (1530). La imprenta de tipo móvil

se había inventado en 1439, y se ha dicho que sin la invención de Gutenberg, no habría habido Reforma.

El humanismo renacentista estaba en auge en toda Europa, y su lema era *Ad fontes*, ‘a las fuentes’, en referencia al redescubrimiento de la cultura clásica en su lengua original. El Renacimiento era un tiempo de regeneración cultural, que ‘se saltó’ el escolasticismo de la Edad Media, por así decirlo, para ir directamente a las fuentes del derecho romano, la retórica de Cicerón, o la filosofía griega.

Hasta entonces se había dado por sentado que la versión más fiable de la Biblia era la *editio vulgata* de Jerónimo, pero ¿qué ocurriría si se volviera al texto original de la Escritura? La versión griega de Erasmo detectó múltiples discrepancias con la Vulgata, y era evidente que la lectura directa de la Biblia podría desestabilizar la teología medieval. Un ejemplo lo encontramos en la traducción de Mt. 4:17. La Vulgata rezaba: “*Haced penitencia*, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Erasmo tradujo: “*Arrepentíos*, porque el reino de los cielos se ha acercado”. La diferencia es de un calado enorme.

Si se ha dicho que sin la imprenta la Reforma no habría sido posible, se ha afirmado igualmente que sin el Renacimiento tampoco se habría producido la revolución protestante. El humanismo renacentista puso en primer plano al hombre como ser individual, una idea que Lutero reflejó en su célebre afirmación del ‘sacerdocio de todos los creyentes’. Nadie, ni el papa, ni el cardenal ni el monarca, era más importante que ninguno. De ahí también que la salvación se convirtiera en un asunto personal, no mediado por el clero, ni las indulgencias, ni el magisterio eclesial. El gran descubrimiento de Lutero de ‘la justificación por la sola fe’ (él es quien introdujo la palabra ‘sola’ en su formulación) se centraba en el asunto de la relación individual del hombre a solas ante Dios. Cómo hizo su descubrimiento es altamente ilustrativo.

Lutero hizo su descubrimiento al ahondar en las raíces bíblicas de un texto clave para la Reforma:

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá (Ro. 1:16-17).

Como ha explicado McGrath en su libro *Iustitia Dei* (Cambridge University Press 1986), la idea de la justicia de Dios le aterraba, y la odiaba con toda su alma, como él mismo confesó con la contundencia que le caracterizaba. Había entendido la justicia de Dios en términos retributivos, y estaba convencido de que la justicia de Dios acarrearía su perdición. La razón no es difícil de adivinar, ya que la *iustitia* de la Vulgata trae esta connotación. En los autores clásicos como Cicerón *iustitia* siempre era de signo punitivo: ‘repartir justicia’, ‘dar a las personas su merecido’ etc. Pero *iustitia*

corresponde a la palabra griega *diakosyne*, que a su vez traduce la palabra hebrea *sedaka*, de signo siempre positivo (lo justo, lo bueno, lo adecuado), es decir salutífero, no retributivo. La justicia de Dios constituye buenas nuevas, por tanto, y forma la base del evangelio, ya que la justicia que es «por fe y para fe» es la justicia de Cristo que le es imputada al hombre injusto como don gratuito; por ello, dice la Escritura citada por Pablo, «el justo por la fe vivirá».

Por ello, podríamos decir que la agónica lucha personal de Martín Lutero se resolvió merced a la comprensión de un concepto hebreo ajeno a los cánones de la tradición clásica. En otras palabras, Lutero regresó *ad fontes*. Hay que añadir que el contexto natural de *sedaka* no es jurídico sino personal, y tal vez por ello, el libro que más aporta al concepto de justificación en la Biblia sea el Salterio.

Divergencias interpretativas de la Escritura

Si la reforma luterana se basaba en el principio de *sola Scriptura*, es decir la Biblia como fuente última de fe y conducta para el creyente, ¿cómo había que interpretarla? Los reformadores vieron enseguida este problema y produjeron sus catequesis y comentarios para orientar a los nuevos lectores de la Biblia en su propio idioma. Y aquí comenzaron las primeras grandes divergencias, disputas, incluso hostilidades entre ellos. La ruptura de Lutero con el reformador suizo Zwinglio se centró en la interpretación de las palabras de Jesús cuando instituyó la cena del Señor. Para el catolicismo, «esto es mi cuerpo» se refería a la transustanciación; Lutero discrepaba, y hablaba de ‘consustanciación’, no la transformación del pan y el vino en cuerpo y sangre, sino de la ‘real presencia’ de alguna manera efectuada al tomarse los elementos. Zwinglio rechazó la interpretación de Lutero como filo-católica, y solo aceptó el pan y el vino como símbolos, lo mismo que Calvino y los anabaptistas.

¿Cómo resolver este dilema? Para Zwinglio, la ‘democratización’ de la interpretación bíblica, basada en el sacerdocio de todos los creyentes, debió poner la definición doctrinal en manos del Concejo *municipal* de Zúrich, no en las de los teólogos. Pero ¿qué sucede si los Concejos de Zúrich, Basilea, Berna y Constanza no se ponen de acuerdo? El anabaptista Félix Manz, antaño estrecho colaborador de Zwinglio, fue atado con cuerdas y ahogado en el río Limmat en 1527 por considerar que el bautismo de niños era anti-bíblico, y se negó a retractar su convicción. La llamada Reforma Radical llevó la doctrina de *sola Scriptura* más allá incluso que Lutero y Calvino, lo que generó conflicto y amargor. Para Lutero y Zwinglio, tenían valor lo que la Biblia decía, y *otras fuentes consistentes con la enseñanza bíblica* (el alemán tenía predilección por Agustín, para el suizo Orígenes constituía una autoridad). Para los anabaptistas de la Reforma radical, sin embargo, *solo* tenía validez lo que decía la Biblia, es decir, *sola Scriptura!*

Frente a Lutero y Melancthon, discípulo de Lutero y primer sistematizador de su obra, de mente más abierta sobre asuntos que consideraba 'indiferentes', surgió un nuevo y poderoso movimiento, el calvinismo, para liderar la llamada tradición 'reformada'. Las célebres *Instituciones* de Calvino (primera ed. en latín en 1536, seguida de múltiples versiones ampliadas en francés), ejerció un influjo enorme (en Escocia, en el puritanismo del Nuevo Mundo, incluso en la formulación de la propia Constitución norteamericana) a la vez que dio lugar a nuevas disputas sobre la Real Presencia y la Predestinación, entre otros asuntos polémicos. En 1637 el teólogo inglés William Chillingworth declaró que «la Biblia, y solo la Biblia es la religión de los protestantes». ¡Ojalá tuviera razón! Los luteranos cosían a sus túnicas las siglas VDMA (*Verbum Dei manet in aeternum*) pero para hacerla accesible al pueblo común los reformadores produjeron comentarios, leccionarios (sermones expositivos) y obras de teología sistemática, como las *Instituciones* de Calvino.

La suficiencia y claridad de la Escritura

Si la Biblia es 'suficiente' para orientar la conducta y fe del creyente, los reformadores defendían también su "claridad". Decían que los pasajes difíciles se interpretaban desde los más fáciles. La idea, como es natural, fue confrontada con vehemencia por teólogos católicos como el dominico español Melchor Cano (1526-60), que decía que los intérpretes protestantes simplemente manipulaban a sus lectores, y despreciaban la autoridad de la iglesia.

¿Cómo deshacer el nudo gordiano de la interpretación? Melancthon hablaba de los *adiaphora*, asuntos secundarios o 'indiferentes'. En su día el puritano Richard Baxter (1615-91) formuló su conocido *dictum*: «En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad». Frente a la declaración de infalibilidad papal en 1870, Benjamín Warfield habló de la infalibilidad de la Escritura, pero ¿cómo hay que interpretarla?

Han surgido en el protestantismo, afirma McGrath, dos maneras de enfocar la cuestión. La respuesta 'sincrónica' según la cual cada generación de creyentes ha de ejercer el papel de intérpretes, y la respuesta 'diacrónica', que apela a la tradición de los grandes intérpretes del pasado. Hasta hoy, los protestantes han tomado en consideración voces 'autorizadas' para orientar su manera de entender su fe. Si Lutero y Calvino apelaban a Agustín, los 'reformados' modernos vuelven sus ojos a las *Instituciones* de Calvino.

Persisten los grandes temas de debate, que siguen dividiendo a los creyentes, incluso causando divisiones en iglesias y denominaciones; interpretaciones diversas sobre los orígenes (Gn. 1 y 2), la relación entre el A.T y el N.T., el bautismo de niños, el papel de la mujer en la iglesia, la predestinación, la escatología, y en tiempos recientes, el empleo de los dones carismáticos, con especial énfasis en profecías, lenguas y

sanidades. Respecto de este último fenómeno, conviene hacer mención del auge del pentecostalismo.

El auge del pentecostalismo

Tras el inicio del movimiento pentecostal a comienzos del siglo XX, un nuevo movimiento surgió al principio de los años 60 que tendría un enorme impacto no solo entre las iglesias protestantes históricas, sino también en la iglesia católica: el movimiento carismático, o neo-pentecostal. Su origen se atribuye a la figura del ministro episcopal norteamericano Dennis Bennett, que en 1960 anunció a su congregación en Van Nuys, California, que había experimentado el bautismo en el Espíritu Santo y que, en consecuencia, había recibido el don de lenguas. Su declaración provocó una fuerte controversia entre los miembros de la iglesia, que trascendió a los medios de comunicación y en poco tiempo se hizo notoria en todo el país.

El nuevo movimiento difería del pentecostalismo clásico por su aparición en el seno de iglesias tradicionales como la luterana y la episcopal, a las que aspiraba a «renovar». La renovación carismática no tardó en aparecer en universidades católicas norteamericanas como Duquesne y Notre Dame, evidencia de su vocación ecuménica. En poco tiempo surgieron figuras como el surafricano David du Plessis, el estadounidense John Wimber, y en Inglaterra los ministros anglicanos David Watson y Michael Harper, entre otros. Dennis Bennett visitó Cambridge, mi *alma mater*, en 1968, y un compañero me invitó a oírle en una reunión celebrada en un anexo de la capilla del Corpus Christi College, si no recuerdo mal. El Sr. Bennett relató su experiencia en un ambiente misterioso, ya que la sala estaba iluminada por velas y revestía un aspecto un tanto místico. Su mensaje no era nuevo para mí y aunque sí su énfasis ecuménico y su sofisticación. (Relato esta y otras experiencias en *La palabra suficiente* (ediciones Camino Viejo 2015).

A pesar de su indudable atractivo, el discurso de la renovación dividió a los creyentes entre iniciados y no iniciados, y el movimiento ha generado grandes tensiones en las iglesias en las que se ha introducido, a pesar de su pretendida vocación ecuménica. Los creyentes «carismáticos» de aquel entonces me dieron la impresión de considerarse superiores a los demás, y al margen de su doctrina, de la que he discrepado desde mi primera experiencia eclesial, no congeniaba con el espíritu de iluminados que a veces les caracterizaba. Hace unos treinta años, durante una visita al Coto de Doñana en compañía de Pablo Martínez y otros, tuve la oportunidad de preguntarle a John Stott, rector a la sazón de la iglesia de All Souls en Londres, uno de los grandes expositores bíblicos de la segunda mitad del siglo XX (y gran aficionado a la ornitología), por su relación con el sector carismático de la iglesia anglicana. «No pertenezco al club» –contestó escuetamente– y entendí perfectamente lo que quiso decir.

Ha surgido posteriormente una tercera ola de pentecostalismo, originaria de Corea del Sur, que ha contribuido poderosamente a la extensión del protestantismo en África, Asia y América Latina. Ajeno al lastre de los debates teológicos y denominacionales del pasado, este movimiento ha enfatizado una relación directa con Dios, y ha promovido con fuerza la acción social con especial atención a inmigrantes y marginados. Presenta una experiencia 'cálida' frente a las iglesias que, a su modo de ver, contemplan su relación con Dios a través de la página impresa de un texto.

El impacto del pentecostalismo no debe subestimarse. Se calcula que aproximadamente el 50% de las iglesias evangélicas que hay en el mundo se adscriben a esta corriente, sobre todo en Latinoamérica, Asia y África, y su crecimiento es constante. Algunos de sus aspectos más extremos resultan inquietantes. Muchos movimientos son liderados por auto-denominados «apóstoles», que adquieren un enorme protagonismo dentro del grupo y ejercen un control dictatorial sobre sus miembros. Al margen de estos abusos, la característica principal del neo-pentecostalismo es su énfasis en la obra del Espíritu Santo, que desplaza, o puede desplazar el mensaje central de la Cruz de Cristo hacia una esfera subjetiva, esotérica y susceptible de manipulación. Según Alister McGrath, la *suficiencia* de la Escritura ha sido suplementada, cuando no sustituida, por profecías y mensajes recibidos directamente por los creyentes.

La estructura de la Biblia

Volviendo al lema de los reformadores, *sola Scriptura*, conviene intentar perfilar un principio hermenéutico que nos permita encarar la interpretación bíblica con confianza. C

La Biblia, que se presenta ante nosotros como Palabra de Dios, no nos llega de manera directa, sino mediatizada por el ingenio de hombres y mujeres que «hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:21). Contiene en sus páginas palabras divinas y humanas, historias de mujeres y hombres que oyen y hablan verdades y mentiras, son justificados o puestos al descubierto, nos instruyen y ponen a prueba, nos interpelan y nos invitan a tomar partido. Dios ha confiado su Palabra a la *Escritura*, y sus divinas palabras están impresas en las páginas de un libro. El Dios que por su sola Palabra creó el mundo y todo lo que en él hay, ha confiado la pureza de la comunicación directa a la prosa escrita y la poesía. La voz de Dios ha penetrado en los recovecos de la imaginación humana para fundirse en el crisol creativo de narradores y poetas, historiadores y cronistas, y profetas que «inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos» (1 P. 1:10-11). Del «Dijo Dios» al «Escrito está» media un proceso largo y complejo que deja patente lo comprometido de la apuesta bíblica en favor de la transmisión de la Palabra de Dios en forma escrita. Jesús

de Nazaret, el Verbo divino, realizó su única contribución directa a la escritura –de la que tengamos constancia– en el polvo de la tierra, un medio notoriamente inestable, y confió sus palabras de vida eterna a escritores humanos, limitados y falibles, para legarnos en forma de libro la Palabra autorizada de Dios.

La estructura de la Biblia es tipológica y su hilo conductor es Cristo. Según el crítico literario canadiense Northrop Frye: «Esta manera de leer la Biblia tipológicamente está indicada demasiado a menudo, y explícitamente, en el Nuevo Testamento, como para que abriguemos alguna duda de que es la manera «correcta» de leerla; «correcta» en el único sentido que puede reconocer la crítica, como la manera que se ajusta a la intención del libro».

La estructura tipológica de la Biblia, la prefiguración de Cristo en toda la Escritura, deriva su nombre de la palabra griega *túpos*, traducida en el Nuevo Testamento, según el contexto, como «marca», «patrón», «figura», «modelo», o «ejemplo». Indica que la impronta de Cristo, presente en todo el texto sagrado, moldea sus contornos conceptuales. En la formulación clásica de S. Agustín, el Nuevo Testamento se halla «latente» en el Antiguo (*latet*) y el Antiguo Testamento está «patente» en el Nuevo (*patet*). El Antiguo Testamento con sus historias, leyes, promesas y previsiones, encuentra su cumplimiento en el Nuevo Testamento, en la Persona y Obra de Cristo. Los narradores bíblicos nos invitan a ver más allá de su propio horizonte vital para dirigir nuestra mirada hacia Cristo, sin perder de vista el momento concreto de la historia relatada o la circunstancia personal del autor.

La interpretación cristocéntrica de la Escritura

Al mismo tiempo, una de las características más salientes de los autores bíblicos es su parquedad, lo escueto de sus narraciones, la ausencia de todo elemento superfluo o adorno. El crítico literario Eric Auerbach, en su seminal estudio *Mímesis, la representación de la realidad en la literatura occidental* (trad. esp., Fondo de Cultura Económica, México 1950), llamó la atención sobre esta característica de la literatura narrativa del Antiguo Testamento, en su análisis del célebre relato, ‘sacrificio de Isaac’ (Gn. 22):

Las figuras están trabajadas tan solo en aquellos aspectos de importancia para la finalidad de la narración, y el resto permanece oscuro; únicamente los puntos culminantes de la acción están acentuados, y los intervalos vacíos; el tiempo y el lugar son inciertos y hay que figurárselos; sentimientos e ideas permanecen mudos, y están sugeridos nada más que por medias palabras y por el silencio; la totalidad, dirigida hacia un fin con alta e ininterrumpida tensión, y, por lo mismo, tanto más unitaria, permanece misteriosa y con trasfondo.

Estos ‘silencios’ constituyen un aspecto fundamental del arte de la narrativa bíblica, ya que lo que no se dice adquiere significado de lo que se dice, y lo que se dice imbuje de significado a lo que no se dice.

El sociólogo francés Jacques Ellul ha escrito que «el lenguaje humano adquiere su valor *de lo que no se dice y de los márgenes*. Lo que no se dice no dice nada, por supuesto. Pero comienza a tener pleno sentido cuando se relaciona con una palabra dicha. La palabra omitida, escondida, evitada que captamos implícitamente es lo que enriquece el diálogo y lo hace humano. Los márgenes juegan el mismo papel: para tener un margen uno debe tener un texto. Y en estos márgenes están todas las glosas, adiciones e interpretaciones que permite el lenguaje». (*What I Believe*, Grand Rapids, Michigan 1989).

En conclusión, podemos decir que el principio liberador de *sola Scriptura* invita a una interpretación madura y equilibrada, que entra en los recovecos del texto para descubrir su sentido último, la revelación de Cristo. Solo así puede convertirse el principio de *sola Scriptura* en fuente de salvación, y evitar el peligro de una lectura contenciosa o dañina.

Escribió Lucas, a propósito del encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús:

Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas (Lc. 24:44-48).

Los propios reformadores, a pesar de sus diferencias, dieron con las claves de la interpretación. Para Lutero, el propósito de las Escrituras es «inculcar a Cristo», el «punto matemático» de la Biblia. Para Calvino, la Escritura ha sido dada «para conocer a Cristo», y el teólogo suizo Karl Barth afirmó que «de principio a fin la Biblia nos dirige al nombre de Jesucristo».

Se señala así, a mi modo de ver, un principio hermenéutico fiable de la Biblia, el mismo que enseñó Jesús a los discípulos de Emaús. *Sola Scriptura* proporciona una base suficiente para la fe, si se lee desde Cristo y hacia Cristo, Alfa y Omega de toda la revelación de Dios.

STUART PARK
Cercedilla, Madrid

